

El Servicio de Investigación Prehistórica y la Arqueología Valenciana

Mauro Hernández Pérez

Universidad de Alicante

Rosa Enguix Alemany

Catedrática de Instituto

La creación del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en 1927 marca un punto de inflexión importante en el desarrollo y conocimiento de la arqueología valenciana, al convertirse la institución, durante años, en el referente para la investigación prehistórica y de la Cultura ibérica regionales. Heredero de una larga tradición que hunde sus raíces en los siglos anteriores, el SIP, como es conocido dentro y fuera de nuestras tierras, nace con la vocación de rebasar los límites provinciales para incluir las tierras de Castellón y Alicante, según recoge Isidro Ballester en la Memoria de la Diputación de Valencia correspondiente al año 1928, en un texto que, por su indudable interés, no dudamos en reproducir: «la Diputación provincial de Valencia, cabeza de una región, siempre rica por su suelo, que recibiera de modo director y eficaz la fecunda influencia de las grandes culturas antiguas del Oriente mediterráneo, había de preocuparse también de su remoto pasado. Los hallazgos de pinturas en las Cuevas de la Araña (Bicorp) y las de los términos de Tírig y Albocácer; los frecuentes descubrimientos de estaciones de épocas diversas; las fructuosas excavaciones practicadas aisladamente, y con toda clase de sacrificios, por personas beneméritas; los hallazgos casuales, como las joyas de Cheste, el tesoro de Jávea y la Dama de Elche, bello e interesante busto expatriado de una levantina de siglos antes de Jesucristo; todo demostraba la exuberante riqueza arqueológica del suelo de nuestra región, apenas explorado» (Ballester, 1929: 6). Ciertamente, el SIP devendrá muy pronto un referente de la investigación arqueológica hispana y un modelo a imitar por otras diputaciones provinciales.

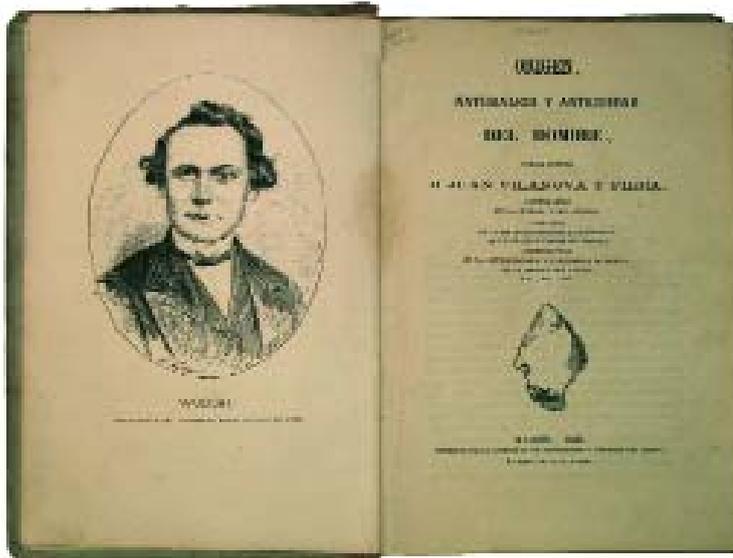
Los precedentes

La historiografía tradicional sitúa en el siglo XVI las primeras noticias sobre el patrimonio arqueológico valenciano de la mano de Pere Antoni Beuter (ca. 1490-1555) y de Gaspar Escolano (1560-1619), momento también de la formación de las primeras colecciones de medallas y monedas,

como la reunida por Juan Bautista Pérez Rubert, obispo de Segorbe, o Juan Andrés Strany. Serían, no obstante, los *novatores* e ilustrados del siglo XVIII quienes deben ser considerados como los verdaderos pioneros de la arqueología valenciana por la rigurosidad de sus trabajos en los que, junto a un detenido análisis de los textos clásicos y la crítica a los falsos cronicones, incorporan noticias sobre monedas, inscripciones, esculturas y restos arquitectónicos monumentales de las ciudades romanas de nuestro territorio. En este sentido conviene recordar las excavaciones en Sagunt del castellonense Manuel Martí, deán de Alicante; los trabajos de crítica histórica de Gregorio Mayans (1699-1781) y de su hermano Juan Antonio (1718-1801), autor éste último de una monografía dedicada a *Ilice* que sitúa en L'Alcúdia d'Elx; y las noticias arqueológicas recogidas en las *Observaciones* del propio Antonio José Cavanilles (1745-1804), con una detenida descripción de sus excavaciones en Els Banys de la Reina de Calp, acompañada de cuidados dibujos de sus construcciones y mosaico. Antonio de Valcárcel Pío de Saboya (1748-1808), Conde de Lumières, es considerado «la primera figura de sabio valenciano ilustrado y arqueólogo» (Aranegui, 2003: 49) por sus trabajos sobre la cerámica romana —los llamados «barros saguntinos»— y los orígenes de *Lucentum*, que identifica con Alicante. Su obra *Inscripciones y Antigüedades del Reino de Valencia*, redactada en 1805 y publicada con ilustraciones de Antonio Delgado en 1852, inaugura una nueva etapa en la arqueología valenciana que se extendería por todo el siglo, caracterizado por la aparición de los primeros museos y sociedades preocupadas por la recuperación y estudio de nuestro Patrimonio Histórico.

La desamortización de los bienes de la Iglesia supuso la creación de sucesivos organismos —Comisiones Especiales de Ciencias y Artes, Recolectoras, Científicas y Artísticas— que darían lugar en 1844 a las Comisiones Provinciales de Monumentos Histórico-Artísticos (Navarrete, 2001), impulsoras de los primeros museos provinciales. El de Alicante se abre en 1842 en el Colegio de Santo Domingo de Orihuela y tres años después el de Castellón (1845) en el antiguo Convento de Santa Clara, mientras el de Valencia, bajo la dirección de la Academia de San Carlos, se inauguró en 1839 en el Convento del Carmen.

Al margen de los organismos oficiales, a menudo coartados sus trabajos por la intromisión política, se crea en 1871 la Sociedad Arqueológica Valenciana (SAV) en el seno de la Sociedad Económica de Amigos del País, que supone la continuación de la tradición de anticuarios y coleccionistas, característica de los siglos anteriores (Goberna, 1981), no en vano sus miembros fundadores eran conocidos coleccionistas de monedas. Entre los objetivos de sus estudios se mencionan «las ciencias arqueológicas, considerándose como tales las de Prehistoria, Arqueología, Numismática, Paleografía y Bellas Artes», creándose una Comisión



Portada del libro de Juan Vilanova y Piera: *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*. 1872.

Prehistórica en la que, a instancias de José Vilanova y Piera, se propone potenciar y animar a la realización de excavaciones arqueológicas en algunos yacimientos que formarán parte, más tarde, de la historia de investigación del SIP. Es el caso de la Ereta del Pedregal, en Navarrés (Valencia), o la Moleta dels Frares, en Forcall (Castellón). Merced a una cuidada y selecta red de corresponsales, la Sociedad Arqueológica Valenciana, según reflejan sus memorias anuales (Papí, 2002a), tiene conocimiento de los hallazgos arqueológicos que se producen en todo el territorio valenciano, entre los que destaca la Cueva de Roca, en Orihuela, y de una cueva sepulcral en Requena, con 15 ó 20 cadáveres, «hachas de cobre, flechas de pedernal, cuencos de barro moldeados a mano toscamente y algún otro vestigio de gentes prehistóricas» (Papí, 2002b: 278). Ante un intento frustrado de participar en la Exposición Universal de París con algunas de sus colecciones, organizaron, junto a otras instituciones, la primera exposición arqueológica que se realizó en 1878 en Valencia. La Sociedad se disuelve en torno a 1883 ó 1884, coincidiendo con los primeros años de Lo Rat Penat, que en 1879 ya dispone de una sección de Arqueología en la que se integran muchos de sus miembros.

Todos estos descubrimientos valencianos se incorporan pronto a la literatura arqueológica hispana gracias a su publicación en los trabajos de Juan Vilanova y Piera, que por lazos familiares estaría ligado a esta institución, aunque no figura entre sus miembros. Su magisterio, aunque lejano, queda patente en dos excepcionales descubrimientos que por esos años se producirían en las tierras alicantinas: Les Llometes, en Alcoi, y la Cueva de Roca, en Orihuela.

En el primero, descubierto en 1884, intervino en su excavación el ingeniero Enrique Vilaplana y Juliá, siempre en contacto epistolar con Juan Vilanova y Piera, redactando ambos una Memoria que permanecería inédita hasta su parcial inclusión en la *Historia de Alcoy y su región* de Remigio Vicedo (1922). Los restos humanos recuperados en las excavaciones de esta cueva eneolítica generarían una extraordinaria polémica en la prensa local entre creacionistas y evolucionistas, en la que participaría el propio Vilanova (Aura Tortosa, 2002; Goberna, 1984). También estaría relacionado éste con los trabajos realizados en 1871 por el ingeniero militar Santiago Moreno Tovillas en la Cueva de Roca, en Orihuela, cuya Memoria sería publicada por el SIP en su Serie de Trabajos Varios, con el número 7, en 1942 y con anotaciones de Nicolau Primitiu Gómez Serrano, que I. Ballester calificaría como un «treball de qualitat per a la seua època».

En el último tercio del siglo XIX destacan varias empresas individuales, en las que participarían antiguos socios correspondientes de la SAV. Una de ellas es la edición de los siete volúmenes de *El Archivo*, publicados entre 1886 y 1893, primero en Denia y después en Valencia, bajo la dirección de Roque Chabás, cuyo contenido ha sido objeto de un detenido análisis por parte de Enrique Llobregat con ocasión de su publicación en facsímil. Por otro lado, Aureliano Ibarra Manzoni (1834-1890) realiza una intensa actividad arqueológica en L'Alcúdia y Vizcarra, en Elche, que permite identificar definitivamente a la primera con *Ilice*. Su trabajo sería continuado por su hermano Pedro Ibarra y Ruiz, creador de la Sociedad Arqueológica Ilicitana y recopilador de una importante colección arqueológica que tras su muerte constituiría los materiales fundacionales del actual Museo Arqueológico de Elche. Su nombre estaría ligado a los avatares del descubrimiento y posterior venta de la Dama de Elche (Olmos, 1997; Manzo Martín, 1997), hallada de manera accidental en L'Alcúdia en 1897 y adquirida por 4.000 francos para el parisino Museo del Louvre por Pierre Paris, como antes había hecho Arthur Engel con otras esculturas ibéricas alicantinas procedentes de Agost —esfinge y toro, descubiertas en 1893— y un grifo y cabeza de toro de Redován. El interés de los franceses por L'Alcúdia motivaría una actuación arqueológica en 1898, en la que se recuperaría un fragmento de torso de guerrero con falcata, que también ingresaría en el Museo del Louvre, y una campaña de excavaciones —la primera realizada por arqueólogos extranjeros en las tierras valencianas—, dirigida por Albertini en 1905.

Con el inicio del siglo XX desaparece esta rica tradición de eruditos, investigadores y coleccionistas valencianos, coincidiendo, en palabras de I. Ballester, con «una època en què en Espanya encara es treballava poc en esta classe d'investigacions». No obstante, en este tiempo se llevan a cabo los trabajos de excavación e investigación realizados por el jesuita Julius Furgús entre 1902 y 1908 en la Vega Baja del

Segura, en la necrópolis eneolítica de Algorfa y poblados argáricos como el de San Antón de Orihuela, ya conocido por S. Moreno Tovillas, y el de las Laderas del Castillo de Callosa del Segura, investigación que el propio I. Ballester no duda en calificar «entre els treballs més importants, i ens atrevim a dir que pitjor coneguts, dels que interessen als prehistoriadors valencians» con ocasión de una cuidada edición en valenciano de estos resultados en la serie *Treballs Solts* del SIP, a pesar de las dificultades impuestas por la Guerra Civil que impidieron la publicación de uno de sus artículos y la incorporación de nuevas fotografías de los materiales arqueológicos recuperados en sus excavaciones. Los materiales hallados se depositaron en el Museo del Colegio de Santo Domingo, siendo alabados por sus contemporáneos (Barberá, 1909; Siret, 1913), y acabarían dispersándose tras el cierre del colegio jesuita y los avatares de la Guerra Civil. Muchos de estos yacimientos de la Vega Baja del Segura serían visitados por Luis Siret, que mostró su discrepancia con algunas de las interpretaciones de J. Furgús.

En la segunda década del siglo XX la investigación arqueológica valenciana cobraría nuevo impulso con la realización de diversas excavaciones o prospecciones, como las de Parpalló, Meca o Peña Roja, con la creación del Centro de Cultura Valenciana, la Sociedad Castellonense de Cultura, la publicación de obras generales con continuas referencias a hallazgos y yacimientos, entre las que cabría citar *La antigua civilización ibérica del Reino de Valencia*, de Francisco Almarche Vázquez, en 1918, y entre 1918 y 1922 la *Geografía General del Reino de Valencia*, dirigida por Francesc Carreras i Candi, a lo que hay que añadir la aparición de una nueva generación de investigadores y la incorporación de otros foráneos, atraídos por los descubrimientos de arte rupestre en todo el territorio valenciano.

El Centro de Cultura Valenciana, creado en 1915 bajo el mecenazgo de la Diputación Provincial y el Ayuntamiento de Valencia, desplegó un gran interés por los temas arqueológicos, especialmente a partir de 1928 cuando se crea la sección de Prehistoria presidida por N. P. Gómez Serrano. Una revisión de sus *Anales* permite conocer la actividad prospectora y de recogida de noticias durante estos años. Lo mismo sucede con el Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura, publicado a partir de 1920, que se convierte en el heraldo de la actividad cultural de la provincia y en el que ocupan un lugar señalado las noticias arqueológicas y prehistóricas. Los descubrimientos y estudios de las pinturas rupestres descubiertas en las tierras castellonenses ocupan un amplio espacio en el Boletín, pero también otros trabajos realizados en Villa Filomena y en diversas estaciones ibéricas. En 1913 y 1914 Herminio Fornés excava el poblado ibérico de Rotxina, a la orilla del Palancia, en el término de Sot de Ferrer, con permiso de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.

Isidro Ballester, Adolf
Schulten, Manuel Vidal,
Mariano Jornet y Domingo
Fletcher de visita a un
yacimiento arqueológico.
Hacia 1932.
[Pasta. SIP 3.525]



A la consolidación de la arqueología valenciana en esta década contribuye la realización de una serie de excavaciones que, con permiso de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, se realizarían en algunos yacimientos de Alicante y Valencia, pronto incorporados a la historia del SIP, ya sea por la participación directa de Isidro Ballester y Lluís Pericot o de algunos de sus agregados, como por integrarse sus materiales en los fondos fundacionales de su Museo. De todas estas actuaciones conviene destacar aquí las realizadas en Alcoi, por las estrechas relaciones que mantendrían con el recién creado SIP. Así, las excavaciones de C. Visedo en el poblado y santuario ibéricos de La Serreta



De izquierda a derecha:
Lluís Pericot, Isidro
Ballester, Adolf Schulten,
Manuel Vidal, Emili Gómez
Nadal y Julián San Valero
durante una comida.
Hacia 1933.
[Domingo Fletcher. Pasta.
SIP 3.524]

(Visedo, 1922), las realizadas en el poblado ibérico de El Xarpolar, excavado por F. Ponsell (Pericot, 1929), en los poblados de la Edad del Bronce de Mas de Menente (Ponsell, 1926; Pericot y Ponsell, 1929) y Mola Alta de Serelles (Botella, 1926 y 1928) y el inicio de los trabajos en la Cova de la Sarsa, en Bocairent, que el SIP encargó a Fernando Ponsell.

En esa misma década la Comisión Provincial de Monumentos de Alicante se muestra significativamente activa, tras la incorporación de José Lafuente Vidal, Francisco Figueras Pacheco y Juan José Senent, que años

antes había realizado una intensa labor arqueológica en Castellón, sin duda favorecida por su condición de Inspector de Enseñanza, y que luego continuaría en Valencia, figurando como uno de los agregados del SIP. De aquellos años conviene recordar los primeros trabajos en L'Albufereta de Alicante, en la necrópolis ibérica de El Molar, en San Fulgencio y en la Font de la Barcella en La Torre de les Maçanes, además de las noticias dispersas sobre yacimientos arqueológicos en el Vinalopó de Daniel Jiménez de Cisneros, colaborador, asimismo, del volumen dedicado a Alicante en la Geografía General del Reino de Valencia. Para estos años también conviene recordar los trabajos de Pedro Ibarra, cuya monografía *Elche: Materiales para su historia* (1926) constituye una excepcional fuente de documentación sobre yacimientos del Bajo Vinalopó, que se complementa con su manuscrito *Efemérides Ilicitanas*, lamentablemente inédito. Por otro lado, Elías Abad Navarro menciona una cueva sepulcral calcolítica en las laderas de La Mola, en Novelda, aguas abajo de la Cova de la Serreta de la Vella, en Monòver, conocida por Juan Vilanova y Piera. Cabría señalar, asimismo, las excavaciones en 1924 de J. Corominas i Roca, del Institut d'Estudis Catalans, en las Laderas del Castillo de Callosa del Segura y en la necrópolis ibérica de Oliva, en Valencia. En esta misma década se inician en Castellón los trabajos de campo de Francesc Esteve Gálvez, todavía alumno de Bachillerato (Esteve, 2003), que acompañaría, junto con Juan Bautista Porcar, a Pere Bosch Gimpera a varios de los yacimientos descubiertos por esos años, entre los que se encuentran el poblado y necrópolis en silos con cerámica campaniforme de Villa Filomena y el poblado del Bronce Tardío/Final de El Castellet, ampliamente referenciados en la bibliografía arqueológica valenciana. En aquella visita le comentaron a Bosch que «seria molt profitós disposar d'un estudi de conjunt que reculla tot allò que es coneix de l'arqueologia provincial, que siga punt de referència que ens done a conèixer els problemes que tenim plantejats i la tasca que convendria fer» (Esteve Gálvez, 2003: 48), al que pronto contribuye con una extraordinaria síntesis de arqueología provincial (Bosch Gimpera, 1924) en la que da cuenta de yacimientos y colecciones, con referencias continuas a J. J. Senent.

El Servicio de Investigación Prehistórica

En este contexto de intensa actividad tiene lugar la fundación del Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia y la del SIP y su Museo. El primero centró su actividad en la labor docente, intentando crear una escuela de arqueólogos, que recibiría un gran impulso con la llegada de L. Pericot, y en la elaboración de un mapa arqueológico de todo el territorio valenciano. En el caso del SIP resulta esclarecedor que una de las primeras propuestas de I. Ballester a la Comisión Provincial Permanente de la Diputación sea la de pedir autorización para dirigirse a las diferentes sociedades e instituciones que trabajan en el campo de la

arqueología y de la prehistoria en las tierras valencianas para intercambiar información y colaboración si fuera necesario. De este modo se dejaba constancia de una de las principales características del SIP desde su creación: conocer la actividad investigadora en las tres provincias valencianas, dar apoyo donde se requiriera, tener noticias de los últimos descubrimientos y mantener una relación lo más fluida posible con investigadores y aficionados a este mundo de la arqueología. Esta misma actitud seguirá manteniéndose durante décadas posteriores a la desaparición de I. Ballester.

A este panorama debemos añadir que las intensas remociones de tierras en la ciudad de Valencia, con ocasión del tendido subterráneo de la línea telefónica y del alcantarillado, generaron la necesidad de documentar los hallazgos que estaban desapareciendo por todas las transformaciones urbanísticas. Las protestas airadas de los eruditos locales, que veían destruir la memoria histórica de la milenaria *Valentia*, provocaron más de una actuación: una, la que protagonizó el Centro de Cultura Valenciana que encargó a N. P. Gómez Serrano la vigilancia de las obras, lo que daría como resultado una interesante monografía donde se recogen los hallazgos (Gómez Serrano, 1932). Otras obras de ensanche de la ciudad siguieron provocando preocupación hasta que, en la década de 1940, la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional creó la Comisaría Local de Excavaciones Arqueológicas de Valencia, nombrando para el cargo de Comisario a José Llorca, dejando como depositario de los hallazgos arqueológicos al Ayuntamiento de Valencia (Ribera, 1998). Y, volviendo a los tiempos anteriores, en estos años Manuel González Simancas retoma las excavaciones en Sagunt, dando un nuevo impulso a la investigación de esta ciudad tras el monumental trabajo de Antonio Chabret en el siglo XIX.

A la creación del Museo de Prehistoria de Valencia seguirían pronto los de Castellón y Alicante. En la creación del primero participó activamente F. Esteve Gálvez, asumiendo el cargo de conservador en 1935. El Arqueológico de Alicante, inaugurado en los bajos del Palacio provincial por el Presidente de la República el 17 de enero de 1932, recogería los materiales de las excavaciones que se realizan en los años previos a la Guerra Civil en diversos yacimientos, entre ellos la Cova de les Calaveres, en Benidoleig, y los poblados de El Molar, en San Fulgencio, Illeta dels Banyets, en El Campello, con una interesante ocupación de la Edad del Bronce infrapuesta a otra ibérica y con una posterior ocupación romana; y en Alicante, el poblado de la Edad del Bronce de Serra Grossa y el interesante conjunto arqueológico del Tossal de Manises y L'Albufereta. J. J. Senent, pronto trasladado a Valencia, José Lafuente Vidal, Francisco Figueras Pacheco y José Belda serían los protagonistas

Visita del Centro de Cultura Valenciana a uno de los abrigos con arte rupestre del Barranc de la Carbonera (Beniatjar). A la derecha de la imagen se encuentra Nicolau Primitiu Gómez, junto a él, Rafael Pardo, descubridor de las pinturas, y en el centro Juan José Senent. 1933. [Papel. D/5.725]



de estos trabajos que, desiguales y con algunas carencias, constituyen, pese al tiempo transcurrido, una extraordinaria fuente de información sobre yacimientos objeto de recientes actuaciones de conservación y difusión. En Elche, donde fallece P. Ibarra en 1934, Alejandro Ramos Folqués compra la finca de L'Alcúdia, iniciando excavaciones en el yacimiento con carácter oficial en 1935.

El Servicio de Investigación Prehistórica y el Arte rupestre

En la Memoria de la Diputación de Valencia que recoge la creación del SIP se hace una expresa mención a «los hallazgos de pinturas en las Cuevas de la Araña (Bicorp), y las de los términos de Tírig y Albocácer», señalando un especial interés por esta manifestación cultural valenciana, tanto a nivel de investigación e inventario como de su protección y difusión. Con esta cita el SIP se hacía eco de los descubrimientos más conocidos, aunque no únicos, de pinturas rupestres en las tierras valencianas, cuyas primeras referencias, si exceptuamos la confusa prohibición de celebrar misas en una cueva con caballos pintados que se suponen del Arte Levantino, por parte del obispo de Valencia Alonso de Borja, antes de su acceso al solio pontificio con el nombre de Calixto III, remontan al verano de 1911 con el descubrimiento de la Cueva de Tortosillas, en Ayora. En 1917 se descubren los excepcionales conjuntos de Morella la Vella y la Valltorta, en Castellón. El primero se debe a J. J. Senent, en aquellos momentos Inspector de Primera Enseñanza en Castellón, y sería publicado por Eduardo Hernández Pacheco, con excelentes calcos de Francisco Benítez Mellado. En el

estudio de los conjuntos del Barranc de la Valltorta intervienen, no sin polémicas, miembros del Institut d'Estudis Catalans, informados del descubrimiento por J. J. Senent; Hugo Obermaier y Paul Wernert, comisionados por el Museo de Ciencias Naturales de Madrid y la Real Academia de la Historia; y Juan Cabré que, sin duda, había sido informado por el Marqués de Cerralbo, conecor del hallazgo por sus correligionarios carlistas de la zona, entre los que se encontraban los descubridores de las pinturas Francisco Polo y Alberto Roda. De aquellos trabajos iniciales se publica por parte de H. Obermaier y P. Wernert una monografía, la primera sobre arte rupestre en las tierras valencianas, algunos calcos y descripciones por parte del instituto catalán y de J. Cabré, quien denuncia el primer expolio de nuestras pinturas en la temprana fecha de 1922, triste presagio de otros muchos que alcanzan hasta nuestros días. En un intento de contextualizar las pinturas, el equipo del Institut realizó las primeras excavaciones en cuevas próximas a los abrigos pintados, al tiempo que elaboraba un detallado plano topográfico del barranco. De ese momento data la relación de otros hallazgos arqueológicos, como el enterramiento de Els Espleters en Salzadella, descubierto por unos trabajos agrícolas. Las discrepancias acerca de la cronología del Arte Levantino que se empezaban a manifestar en aquellos años encontrarían en estos trabajos en La Valltorta argumentos para reafirmar las posiciones entre quienes las fechaban en el Paleolítico, en este caso H. Obermaier y su maestro H. Breuil, o en momentos posteriores, como comenzaba a abrirse paso entre los investigadores hispanos.

En algunos de estos abrigos también se habían descubierto ciertos motivos que se incluyeron en el Arte Esquemático, al que pertenece el primer hallazgo de este tipo de arte rupestre en la provincia de Alicante. Se trata de *Penya Escrita* de Tàrbena, conocida por los vecinos del lugar como *Sa Cova de les Lletres*, por considerar sus motivos como letras que no sabían identificar, aunque se relacionaran con la escritura en una delgada lámina de plomo localizada por Camilo Visedo Moltó en el poblado ibérico de La Serreta, en Alcoi. La publicación de D. Jiménez de Cisneros reproduce en 1922 la descripción y calcos del músico alicantino Oscar Esplá, mientras que los publicados en el volumen IV del monumental *Corpus de Arte Esquemático de la Península Ibérica* de H. Breuil corresponden a J. J. Senent, a quien también pertenecen los de Beniatjar, en Valencia —recogidos en la misma obra—, descubiertos en 1933 según da cuenta *La Labor del SIP* de ese año, en la que también se indica en relación con el Museo que «han empezado a montarse, para ser colocadas en la Sala de Paleolítico, las reproducciones de las pinturas de la Cueva de la Araña, de Bicorp», descubiertas en 1920 y objeto de un excepcional estudio de E. Hernández Pacheco y no menos excepcionales reproducciones de F. Benítez Mellado.

Noticia de prensa referida a una sesión del Centro de Cultura Valenciana. 17 de febrero de 1932.



Henri Breuil y Hugo
Obermaier en Cova
Remigia (Ares del
Maestrat, Castelló).
1935.
[Papel. D/5.723]



En 1930 se localizan nuevas pinturas rupestres en Castellón. Se trata del abrigo de La Joquera, en Borriol, que sería publicado, no sin la ruptura de su amistad con F. Esteve, por J. B. Porcar en el Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura en 1932, donde en los años siguientes daría cuenta de los sucesivos hallazgos de pinturas rupestres, de la interpretación de los motivos y de las técnicas utilizadas en su ejecución, constituyendo en su conjunto una excepcional aportación, no siempre bien valorada y a menudo ignorada, al estudio del Arte Levantino, fruto de su sólida formación artística. El descubrimiento en 1934 de Cova Remigia, en Ares del Maestre, pone en relación a J. B. Porcar con H. Obermaier y H. Breuil, quienes realizarían su estudio, que publicarían con los calcos del primero al año siguiente, en 1935, mientras el vecino Cingle de la Mola Remigia, de cuyos calcos y estudios se encargaría H. Breuil, permanecería inédito. La monografía sobre Cova Remigia, como en las décadas anteriores lo habían supuesto las del Barranc de la Valltorta y la Cueva de la Araña, se convierte en un extraordinario referente, al igual que el resto de las aportaciones del propio J. B. Porcar, de la metodología utilizada en el estudio del arte rupestre de su momento y que tardaría en superarse. De hecho, en la década de los años cuarenta, con la excepción de los trabajos de Porcar, apenas se registran acontecimientos dignos de mención.

Uno de ellos está ligado al naciente SIP. Se trata de varios abrigos en el Barranco de las Letras, como el Cinto de la Ventana, en Dos Aguas, descubiertos en 1940, de los que J. J. Senent daría la primera información, encargándose de su posterior estudio una comisión del Servicio integrada por J. J. Senent, José Alcácer, José Chocomeli y Salvador Espí, bajo la dirección de J. Cabré, que se interrumpió por la muerte de éste último y que llevarían a cabo F. Jordá y J. Alcácer en 1951 y publicarían como número 15 de la *Serie Trabajos Varios del SIP*. El otro es el descubrimiento en 1947 de la denominada Cova del Polvorí o de Rossegadors, en la Poble de Benifassà, publicada con breves descripciones y deficientes calcos por Salvador Vilaseca ese mismo año. Sin duda, este significativo retroceso en el estudio del arte rupestre debe ponerse en relación con las duras circunstancias políticas del momento.

Los años de la guerra y la posguerra. Otras instituciones

La Guerra Civil —o incivil, como le gustaba calificarla a F. Jordá que en los difíciles años de la posguerra encontraría en el SIP apoyo y trabajo—, interrumpe la investigación arqueológica valenciana, aunque las Comisiones de Monumentos Provinciales y los propios museos se encargan de la recuperación y conservación del patrimonio histórico-artístico en circunstancias no siempre fáciles.

Rivalidades entre profesionales e instituciones, hallazgos arqueológicos sorprendentes y no exentos de polémicas, consolidación de las instituciones museísticas, creación del Servicio de Investigación Arqueológica



Visita al Museu de Prehistòria de José María Albareda Herrera, Secretario General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. De izquierda a derecha: Isidro Ballester, Francisco Jordá, Lluís Pericot, José María Albareda, Domingo Fletcher y Manuel Vidal. 1948.

[Papel. Arxiu Diputació València. ADPV (SIG.E.8.5.12/C.1)]

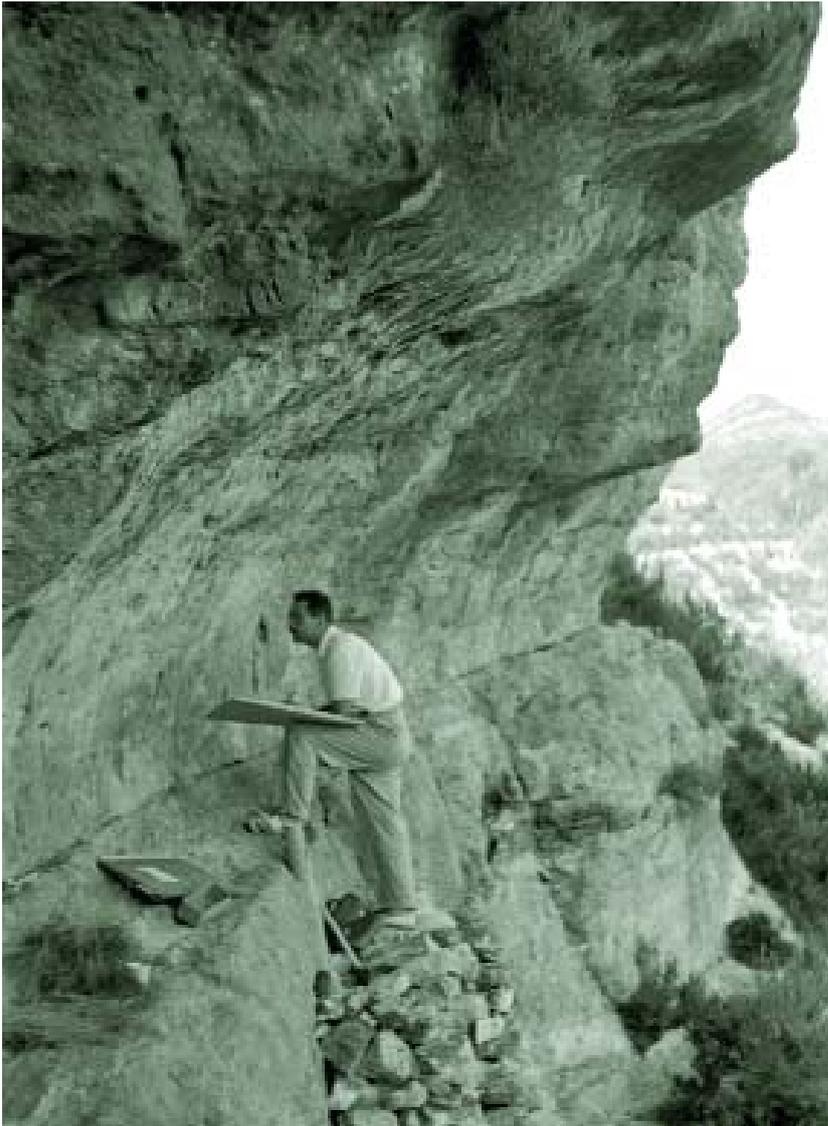
Municipal de la Ciudad de Valencia en 1948, nacimiento de los primeros congresos que sirvieron de foro de intercambios de conocimientos y de apertura hacia el exterior de la investigación arqueológica en las comarcas centro-meridionales valencianas y los contactos con los profesionales catalanes en las septentrionales, serían los elementos que caracterizan a la arqueología valenciana en la década de los años cuarenta del pasado siglo.

En efecto, los trabajos de F. Esteve en Castellón, antes de su traslado a Tortosa y Amposta donde realizaría una intensa actividad arqueológica de extraordinario interés, encontrarían acogida en la revista *Saitabi*, y J. Maluquer de Motes, discípulo de P. Bosch Gimpera, ya en el exilio, analiza los materiales líticos del Barranc de la Valltorta.

La arqueología alicantina en la década de los años cuarenta, al igual que en la siguiente, se mueve entre la decepción y la esperanza. Ésta última se alimenta de algunos acontecimientos de interés, entre los que podríamos citar la creación del Museo Arqueológico de Elche en 1947, las excavaciones en L'Alcúdia de Elche por parte de A. Ramos Folqués, los primeros trabajos de José María Soler García en Villena, las interesantes síntesis de J. Lafuente Vidal y F. Figueras Pacheco o los trabajos del Padre Belda, cuya actitud en su trabajo en el Museo Arqueológico Provincial, del que era director, en algunas de sus excavaciones y prospecciones y en determinados hallazgos deben incluirse en la decepción de estos años, como el caso de las falsificaciones del Bancal de la Corona.

Los Congresos Arqueológicos del Sudeste, impulsados desde Cartagena por Antonio Beltrán, constituirán un significativo impulso para la arqueología alicantina, ya que el IV se reuniría en Elche en 1948 y el VI, dos años después, en Alcoi. Siguiendo su ejemplo, en 1946 se celebra en Valencia el I Congreso de Arqueología del Levante Español, en el que participarían activamente los miembros del SIP, publicando sus comunicaciones en un volumen de los *Trabajos Varios*, mientras otras —no sabemos si todas—, entre las que sólo dos se dedican a la arqueología valenciana, se incluyen en el número 25-26 de *Saitabi*.

Éste es otro de los aspectos importantes que debemos señalar del SIP, su proyección externa, como quedó reflejada en *La labor del SIP y su Museo en el pasado año 1930* (Ballester, 1931: 26 y ss.), donde se dice: «La conveniencia de que el Servicio de fe de vida en el mundo científico, obliga a su concurrencia a cuantos Congresos Arqueológicos se celebren». A resultas de esto será habitual, desde los albores del SIP, la participación de sus miembros con ponencias y comunicaciones, tanto en los Congresos Internacionales, como en los Nacionales cuando comiencen a organizarse, sobre la problemática prehistórica y arqueológica valenciana. En 1929, en el IV Congreso Internacional de Arqueología en Barcelona, ya vemos una nutrida presencia



Francisco Jordá realizando trabajos de calco en el Abrigo del Ciervo (Dos Aguas). 1951. [Negativo B/N. SIP 1.054]

de miembros del SIP; y la adhesión y presencia del Servicio la podemos seguir en el XII Congreso de la Asociación Española para el Progreso de la Ciencia en Barcelona, el V Congreso Internacional de Arqueología en Argel, el Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistórica en Coimbra y Oporto y en los Congresos Arqueológicos del Sudeste Español, como hemos señalado más arriba. Conferencias, visitas guiadas, atención a investigadores foráneos... todo formaba parte de esa proyección que está en la base del SIP. El apoyo del CSIC, al convertirlo en su sección de Prehistoria Valenciana, a finales de los cuarenta, suponía el afianzamiento y consolidación del Servicio en esta línea.

Colaboradores del SIP han sido muchos desde entonces: varias generaciones de arqueólogos y prehistoriadores se han formado y han trabajado en esta institución y cimentado los principios expuestos por su fundador, I. Ballester. A pesar de los problemas que en algunos momentos el SIP tuvo dentro de la misma Diputación, como el recorte de presupuesto del año 1932, y del cese de actividades que supuso la Guerra Civil, el Servicio siguió manteniendo las líneas de actuación descritas más arriba. Aquellos primeros investigadores que asumieron los principios fundacionales de esta institución como L. Pericot, F. Ponsell, Mariano Jornet, Gonzalo Viñes, Emilio Gandía, Emili Gómez Nadal, Francisco Porcar López, Domingo Fletcher, Ernesto Jiménez Navarro, Julián San Valero, Manuel Vidal y López, Enrique Pla, José Alcácer... forman parte de la historia del SIP en los años heroicos de su fundación y consolidación. Sería de desear que el sentido de colaboración entre las instituciones y los investigadores valencianos que se plantearon en 1927 siguieran funcionando para bien de nuestra Arqueología y Prehistoria.